

EL ARMA

Fredric Brown

La estancia estaba sumida en la penumbra del anochecer. El Dr. James Graham, científico que ocupaba un puesto clave en un importantísimo proyecto, meditaba sentado en su butaca predilecta. Reinaba un silencio tan grande en la sala, que oía como en la estancia contigua su hijo pasaba las páginas de un libro de imágenes.

Frecuentemente Graham trabajaba mejor que nunca, concebía sus ideas más geniales, en circunstancias como éstas, solo y tranquilo en una estancia oscurecida de su casa, después de realizar su trabajo diario. Pero aquella noche su cerebro no se hallaba enfrascado en cavilaciones creadoras. Pensaba principalmente en su hijo, un atrasado mental... su único hijo, que entonces estaba en la estancia contigua. Sus pensamientos eran amorosos, y se hallaban libres de la amargura que experimentó años atrás, cuando se enteró del triste estado de su vástago. El muchacho era feliz y... ¿no era esto lo principal? ¿Y a cuántos hombres ha sido concedido tener un hijo que será siempre un niño, que no crecerá para dejar al autor de sus días? Desde luego, aquello era un intento para aplicar la lógica a un hecho tristísimo, pero la lógica no tiene nada de malo cuando...

En aquel momento sonó el timbre.

Graham se levantó y encendió la luz de la estancia casi totalmente oscura, antes de salir al vestíbulo para ir a abrir la puerta. La llamada no le molestó; aquella noche casi agradecía cualquier interrupción de sus pensamientos.

Abrió la puerta. En el umbral se alzaba un desconocido.

- ¿El Dr. Graham? - dijo -. Permítame que me presente... Me llamo Niemand y desearía hablar con usted. ¿Me permite que pase un momento?

Graham le miró. Era un hombrecillo de aspecto vulgar e inofensivo... muy posiblemente un periodista o un agente de seguros.

Pero no le importaba lo que pudiese ser, Graham respondió:

- Con mucho gusto. Pase usted, Mr. Niemand.

Unos cuantos minutos de conversación, se dijo tratando de justificarse, le distraerían y apartaría de él aquellos pensamientos.

- Siéntese - dijo a su visitante cuando ambos estuvieron en el living -. ¿Me permite que le ofrezca una copa?

- No, gracias.

Tomó asiento en la butaca; Graham en el sofá.

El hombrecillo cruzó los dedos y se inclinó hacia él.

- Dr. Graham, usted es el hombre cuya labor científica tiene mayores probabilidades que la de ningún otro sabio de acabar con la raza humana.

Es un chiflado, se dijo Graham. Demasiado tarde, comprendió que debía haber preguntado cuál era la profesión de aquel individuo antes de admitirlo, y qué le traía allí. La entrevista prometía ser embarazosa; a él no le gustaba mostrarse grosero, pero en este caso tendría que serlo.

- Dr. Graham, el arma en la cual está usted trabajando...

El visitante se interrumpió y volvió la cabeza cuando la puerta que conducía al dormitorio contiguo se abrió y un muchacho de quince años entró en el living. El muchacho corrió hacia Graham, sin hacer caso de la presencia de Niemand.

- Papá, ¿me leerás este cuento ahora?

Aquel muchacho de quince años reía como un niño de cuatro.

Graham pasó un brazo en torno a los hombros del retrasado. Luego miró a su visitante, preguntándose si estaría enterado de su tragedia. Por la falta de sorpresa que observó en la cara de Niemand, Graham comprendió que éste ya sabía que tenía un hijo idiota.

- Harry - dijo Graham, con voz afectuosa -, papáito tiene trabajo. Espera un momentín. Vuelve a tu cuarto; pronto iré a leerte ese cuento.

- ¿El de la gallinita que le caía el cielo encima? ¿Me leerás el de la gallinita?

- Si tú quieres... Ahora, vete. No, espera. Harry, este señor es Mr. Niemand.

El muchacho dirigió una tímida mirada al visitante. Niemand le dijo:

- Hola, Harry - y le devolvió la sonrisa, tendiéndole la mano. Graham estuvo entonces seguro de que Niemand ya conocía la triste condición de su hijo; su sonrisa y su ademán eran propios para dirigirse a un niño de cuatro o cinco años, que era la edad mental de su hijo.

El niño tomó la mano de Niemand. Por un momento pareció como si fuese a sentarse en las rodillas de éste, pero Graham lo apartó suavemente, diciéndole:

- Ahora vuelve a tu cuarto, Harry.

El muchacho regresó a su dormitorio, dejando la puerta abierta.

Niemand miró a Graham y dijo:

- Me gusta ese chico - con una sinceridad que era evidente. Añadió -: Ojalá todo cuanto usted le lea pueda ser siempre cierto.

Graham no comprendió qué significaban aquellas palabras. Niemand prosiguió:

- El cuento de la gallinita. Es un cuento muy bonito... pero ojalá la gallinita se equivoque y el cielo no caiga nunca.

Graham experimentó una súbita simpatía por Niemand cuando éste demostró querer al niño. De pronto recordó que debía terminar aquella entrevista cuanto antes. Se levantó, como si ya no tuviese nada más que decir.

- Temo que está usted perdiendo el tiempo y que me lo hace perder a mí, Mr. Niemand - dijo -. Me sé de memoria todos los argumentos que puede usted esgrimir. He oído docenas de veces todo cuanto usted pueda decirme. Posiblemente hay algo de verdad en lo que usted cree, pero eso a mi no me concierne. Yo soy un hombre de ciencia, y únicamente eso. Sí, es del dominio público que estoy trabajando en un arma, un arma muy perfeccionada y que puede ser casi definitiva. Pero, para mí, no es más que un subproducto del hecho principal: mi contribución al progreso científico. Lo tengo muy meditado, y he llegado a la conclusión que eso es lo único que me interesa.

- Pero, Dr. Graham... ¿Está preparada la Humanidad para un arma tan terrible?

Graham frunció el ceño.

- Ya le he expuesto mi punto de vista, Mr. Niemand.

El visitante se alzó sin prisas de la butaca, diciendo:

- Muy bien. Si usted prefiere que no discutamos, no diré una palabra más. - Se pasó una mano por la frente -. Le dejo, Dr. Graham. Aunque... ¿Puedo cambiar de opinión acerca de la copa que tuvo la amabilidad de ofrecerme?

La irritación de Graham se desvaneció.

- Desde luego - dijo - ¿Le gusta el whisky con agua sola?

- Muchísimo.

Graham se disculpó y pasó a la cocina. Preparó la botella de whisky, un jarro de agua, cubitos de hielo, vasos.

Cuando volvió al living, Niemand salía del dormitorio del niño. Oyó que aquél decía «Buenas noches, Harry» y que su hijo contestaba alborozado: «Buenas noches, Mr. Niemand»

Graham sirvió dos copas de whisky. Poco después, Niemand rechazó amablemente una segunda y se levantó para irse.

Antes de marcharse, dijo:

- Me he tomado la libertad de traer un regalito para su hijo, doctor. Se lo di mientras usted iba en busca de las bebidas. Supongo que disculpará usted mi atrevimiento.

- No faltaba más. Muchas gracias. Buenas noches.

Graham cerró la puerta; cruzó el living y penetró en el dormitorio de su hijo:

- Bueno, Harry; ahora te leeré ese...

Su frente se cubrió repentinamente de sudor, pero se esforzó por mantenerse tranquilo hasta acercarse al lecho.

- ¿Me dejas ver esto, Harry?

Cuando se apoderó del objeto, sus manos temblaban al examinarlo.

«Sólo un loco, se dijo, sólo un loco daría un revólver cargado a un débil mental.»

FIN